

Autor: *F. F. Villegas.*

Título: *Episodio del siglo XVI en Salamanca.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *El Semanario Salmantino, 1876.*

En uno de los más brillantes periodos de aquel tiempo en que el estudiante envuelto en su raida sotana, en su roto manteo embozado y el tricornio en batalla, era, si bien la gloria de esta Ciudad, su inquietud continua que no habia con él calle silenciosa, posada tranquila, hostero sin burlas, alguacil no apaleado, dueña sin matraca, moza sin su requeridor, músico antes de la queda, pendenciero despues, y á todas horas demonio atormentador de maridos celosos y de padres vigilantes; en aquel tiempo, digo, habitaba, en la calle de la Rua, esquina á la del Jesús, uno de estos últimos, largo de cuerpo, estrecho de hombros, afilado de cara, voz campanuda, genio arisco, gran guardador de su honra y sastre de oficio, al cual habíale dado la providencia una hija que contaba á la sazón de este relato, apenas diez y nueve Abriles, bien contorneada de cuerpo y blanca su tez, que robado habia el color de las rosas para sus mejillas, para sus ojos el azul del cielo, corales para sus labios y rayos al sol para su abundosa cabellera. Decir que la unigénita de Maese Lázaro, que así se llamaba el padre, con su tan hermosa cara y gentil talle era el blanco á donde la mas sobresaliente, lozana y distinguida clase del cuerpo estudiantil dirigia sus tiros es inútil, sabiendo lo que eran los estudiantes en aquel entonces, y si además de estudiantes eran españoles y si sobre uno y otro cursaban en la Universidad que llenaba el mundo con su fama y de maestros las demás escuelas de él. Esto de ser el blanco, objeto

y mira de tanto y tanto mozo travieso, que segun murmuraban sus vecinas y mas íntimas amigas, – que en todos los tiempos las amigas y vecinas fueron descubridoras de secretos – causaba la alegría y aun su tantico de vanidad á la hija del sastre, en este producía mal humor, desvelos é inquietudes que se manifestaban por largos y sesudos razonamientos dirigidos á Lucía, nombre de la doncella – con tono acompasado y reposada voz, para convencerla de que cada estudiante era un escollo, un vagio cada requiebro que la dirigieran, y un mar proceloso y embravecido en que necesariamente naufragaría la estimada nave de su honestidad, el amor que la ofrecieran. Oíalos la pobrecilla con paciencia, olvidábalos diligente y con el rabillo del ojo miraba hácia las afueras del dintél de su portal por donde continuamente pasaban, para ir á sus aulas ó al volver de ellas, sin número de escollos en forma de apuestos y gallardos mancebos, que no á hurtadillas y de soslayo como ella hacia, sino frente á frente y con ávidos ojos miraban, ya que otra cosa no podían, la abundante y blonda cabellera peinada con primor y la hermosa figura de Lucia, vuelta la espalda á la calle é inclinada la cabeza á la costura que con mano agíl adelantaba.

Mientras los hechos no pasaron de aquí, Maese Lázaro vivía relativamente tranquilo, pues aun cuando el peligro existía, no amagaba tan de cerca que hubiera de apelarse á los recursos extremos; pero como dice el refran que no hay bien ni mal que cien años dure, el mal llegó traído por la audacia de un tal Antonio, andaluz, cursante de derecho, gran decidor, gentil, valiente y generoso, cualidades cada una de ellas capaz de hacer gefe de pandilla al que la poseyera, y reunidas todas en un individuo bastantes á constituirle en adelantado mayor de cuantos militaban bajo las banderas de Hipócrates, Platon y Justiniano. Rompió pues las hostilidades este tal adelantado, es decir, pasó de las miradas á las palabras, de las palabras á los hechos y esto con tan sin igual atrevimiento que á vista y con escándalo y desesperacion del quisquilloso Maese Lázaro á Lucía prodigaba las mas tiernas y

sentidas frases y sobre su alda caian lindos ramilletes y confituras envueltas en rizados papeles de colores. Cogíalos el padre, pisoteábalos con ira, arrojábalos á la calle con desprecio, apostrofaba con voz airada é iracundo ceño al atrevido; pero este sereno y sonriente se marchaba para volver á poco, y mas pródigo de frases halagüeñas, dulces y flores, tornaba á su atrevimiento.

Convencido el buen padre de que nada conseguiría con el seguimiento de semejante táctica, apeló al recurso de confinar á la causa de tal máquina de amorosas manifestaciones á lo mas recóndito de la casa, con prohibicion del uso de ventanas, ni otro ningun agujero que diese á la calle, y aunque diz que la recluida adujo razones y vertió más de una lágrima para rehuir el cumplimiento de semejante orden, fué con tal brio impuesta y sostenida que no hubo ningun otro arbitrio mas que cumplirla estricta y cuidadosamente, pues la mas leve infraccion fue amenazada con penas severísimas.

El temor de estas produjo su efecto, Lucia desapareció y el galan rondó, esperó, espíó, en vano noche y dia el portal y las ventanas del castillo de sus quereres; siempre vencido, mústio y cabizbajo retirábase cruzando por delante del portal echando por único consuelo una dulce mirada á aquel taburete en el que tantas veces habia visto sentada á la que ahora solo en deseos podia contemplar. Creyó que falta de salud ó ausencia precisa y poco duradera fuese la causa de tal desaparicion, pero cuando averiguó, merced á la indiscrecion de un aprendiz, cual era, ¡ah! entonces ardiendo en ira juró guerra sin descanso al que dias tan mortificados por las dudas le habia hecho pasar.

Mal aconsejado anduvo el bueno de Maese Lázaro en llevar las cosas á tal extremo: porque si él era osco y terco en llevar adelante sus propósitos, el estudiante no lo era menos, con el otro si

de su travesura y agudo ingenio para burlar con mil trazas é invenciones al que con el quería entrar en pugna y batalla.

Gozosa de su triunfo el menestral y recreado á la consideracion de los largos plantones al raso que el enamorado sufría á la accion de un frio como el de Salamanca en Diciembre, estaba, en una mañana de dicho mes en su bien abrigado taller cortando sobre un tablero de nogal un jubon de bellotado cuando oyó grande algazara y gritería no lejos de su casa, llamóle la curiosidad, abrió las vidrieras y como por ensalmo acosados por un grupo de estudiantes, entraron en el taller un gato y un perro atados por medio del cuerpo: asustóse todo, porque la brega y luchas que los dos animales, traian por desasirse, era grande: mahullaba, bufaba y arañaba el gato: el perro ladraba y mordía; y tales sacudidas daban este tirando y el otro resistiendo, envistiéndose ambos, revolcándose furiosos, que, silletas, tablero y cuantos muebles y ropas allí habia fueron rodando; y el pobre maestro se afligía y los aprendices chillaban y la gente aoudia y los estudiantes reian y con sus voces aumentaban la confusion y á tanto llegó esta que acudieron algunos alguaciles y oportunamente, porque si uno de ellos con las tijeras del sastre no cortara el lazo que sugetaba á los animales, quedára allí todo hecho piezas y las de vestir, incluso el jubon de bellotado, para remiendos y trapos pudieran aprovecharse no para otra cosa.

De inquirir trataron los antes nombrados alguaciles en cumplimiento de su deber y acusados por el furor del perjudicado y afligido Maese, quienes fuesen los autores de tan diabólica travesura; pero aunque diligentes anduvieron, astutos indagaron y airados amenazaron con la cárcel á cuantas personas, – que no eran pocas, – el acontecimiento alli habia reunido, nada pudieron recabar, y con sentimiento del ofendido y menoscabo de la reputacion alguacilesca tuvieron que retirarse entre la zumba y matraca de la concurrencia: tal es de antiguo el achaque en España de inspirar poca consideracion la gente manuda de justicia.

No dejaba de acudir á la imaginacion de Maese Lázaro, atareado en ordenar su revuelto portal, la sospecha de quien fuese el autor de tanto perjuicio; mas callóse prudente y se propuso estar vigilante para en lo sucesivo, inútil propósito: el leal, por suspicaz que sea, vive lo que quiere el traidor. Aún no habia traído encolado el carpintero aquel hermoso tablero de cortar, ni aun habian sido sustituidos ó compuestos los taburetes, roto aquel y patiquebrados estos el dia de la refriega gatil y perruna, cuando una mañana al bajar al taller le sorprendió una nueva desgracia. El taller ya no lo era, habíase convertido en estanque. Gritó á la vista de aquel nuevo atentado; se desesperó más, si más podía desesperarse que en el dia del anterior sobresalto; clamó contra el autor; pidió justicia y otra vez á sus gritos acudió la vecindad, que, entre compasiva y burlona, ayudóle á desecar aquel improvisado depósito de agua. – ¿Esta cómo y por donde ha llegado aquí? – preguntábase el atribulado Maese, sacando las prendas de los cestos de labor sacudiéndolas y dando órdenes para que todos los utensilios se pusieran al sol: la respuesta la halló en las manos de unos muchachos que del suelo habian recogido varios trozos de tripa; á su contemplacion tirábase, no de sus pelos, porque ya hacía años que huyeron de su cabeza, sino de los de la enorme peluca que con las tan descomunales sacudidas que le daba, ya se le corria hacia el cogote, ya se le venia hasta las cejas, ya á uno, ya á otro lado, ofreciendo con ello el aspecto mas grotesco y ridículo que idearse puede, sirviendo de diversion á los que le veian. Por último, algo mas tranquilo ya, y despedida la turba auxiliadora, cerró su taller á piedra y lodo, como decirse suele, con el deliberado intento de no abrirle, y trabajar á puerta cerrada aún á peligro de disminuir sus ganancias.

Tranquilo habia pasado algun tiempo desde que tal medio adoptase y ya se juzgaba seguro cuando en una almilla que le llevaron para ojalar, vió que cosido á la espalda traia un papel escrito con letras gordas como el puño, que decia: «esta noche será robada tu hija.»

Gran desasosiego se apoderó de su alma con semejante lectura: el corazón latía atropelladamente: en su imaginación se acumulaban, bullían, apacían y desaparecían los medios que debía utilizar para que el delito no se realizara; pero en su confusión y pabura no acertaba a decidirse por ninguno: y ya, levantándose, se dirigía a la puerta para correr presuroso a casa del corregidor; ya parábase antes de abrirla, a la consideración de que Lucía quedaba sola, y desesperado revolvía la mirada y fijándola por acaso en una enmohecida espada y un abollado broquel, armas que en su juventud usaba y que como grato recuerdo colgadas sobre su asiento tenía, con avidez se apoderó de ellas, y examinándolas estaba, cuando llegaron a sus oídos ayes y lamentos y una voz angustiada que decía. – «Padre, favor que me lleven – oír esto, abrir la puerta, saltar a la calle abroquelado y con espada en ademán de herir y dar a correr tras un grupo de estudiantes que en sus brazos llevaban a una mujer, fué un relámpago, y trueno la voz del desesperado Maese pidiendo favor a los vecinos, al rey, a todos los santos, a Dios, y sin temor al número se lanzó a los raptores que huyeron dispersándose, dejando tendida en medio de la calle a la mujer que llevaban. Llegóse a ella tembloroso de coraje, embargado de pena, diciendo a la caída: – ánimo, hija mía, aquí está tu padre para defenderte de esos bribones, – y, dejando caer espada y broquel, alargó ansioso las manos y alzó del suelo una enorme muñeca de trapos. Estrepitosas carcajadas entre silvidos y gritería vinieron a trocar la compasión del padre en furor, su ansiedad en vergüenza y denostando a los burladores con cuantas frases injuriosas halló en su despecho, recogió las armas, entrándose en su casa en el paroxismo de la desesperación, jurando no cejar hasta que tal burla fuese castigada ejemplarmente. Lucía, que a la puerta aguardándole estaba, recibió en sus brazos, fué calmándole con sus caricias y a vuelta de ellas, no se sabe qué misteriosas palabras le dijera, que devolviéndole la calma, le hicieron exclamar: – tienes razón, hija mía.

Comentóse prolijamente por todo el vecindario el lance de la muñeca, alabóse con entusiasmo en el patio de escuelas: la osadía de los escolares fué á mas: mayor el miedo de los padres y maridos: las rondas redoblaron su vigilancia y desde el toque de queda, infeliz del que, sin pase ó sin linterna, tropezaba con una de ellas.

Mas no por ello Lucía dejaba de ser rondada dia y noche por Antonio; no salía vez á la ventana, que algunas eran, pues ya la prohibicion se habia levantado, que no recibiese salva de requiebros y descarga de ramilletes y confituras que recogía muda de palabras, aunque decidoras y elocuentes sus miradas. Recibidas eran apasionadamente por el galan y por corresponder como merecían dones de tal valía para él, prometió que en muy próxima noche daría la serenata mas armoniosa que desde el barrio de S. Vicente á la puerta de Zamora habian oido jamás las agraciadas y hermosas Salmantinas.

La promesa fué recibida con placer y comunicada con viveza á amigas y vecinas y tal las conmovió, que cosa inusitada, se las vió la misma noche en que habia de realizarse, ocupadas en la calle del Jesus, no se sabe en que faena, que silenciosamente llevaron á cabo.

Llegó por fin el instante, los acordados instrumentos que seis ú ocho estudiantes tañian, vinieron á interrumpir el silencio de una noche del aterido mes de Enero. Las ventanas de varias casas se abrieron silenciosamente: escusado es decir que la de Lucía fué una de ellas. Los músicos animados por esta deferencia dieron al aire sus agradables y bien concertadas voces con cancion enamoradora: aun no estaban en su mitad, cuando sonó ruido de espadas: los cantores cesaron: el choque de los aceros aumentó y los gritos de – ¡Me han muerto! ¡Socorro! ¡Favor! – llevó á los cantores el espanto y aumentado por el tropel de pasos que cerca ya de ellos sonaba, písoules en precipitada fuga; pero ¡ay! que al llegar los mas listos al

comedio de la calle, cayeron tan largos como eran, no sobre el duro engujarrado, sino sobre blando lecho, y no de rosas ni de jazmines – (recuérdese que esto ocurría en aquel tiempo en que desde las nueve de la noche estaba permitido el *agua vá*) – y fácil es de colegir en que lastimoso estado se levantarían los caidos. Profusion de candiles y belones vinieron á dar luz á aquel cuadro de vergüenza para los que le componían; de rechifla, burla y algazara para los que le miraban, tanto desde las ventanas como eran entre muchas la de Lucía que con sus amigas, asomada estaba, cuanto la ronda que allí acudia atraida por el ruido de espadas y voces de muerte y socorro dadas intencionalmente por Maese Lázaro, aconsejado de su hija, para ocasionar la huida y caida de los músicos, que precisamente habia de ocurrir, puesto que cruzaron un alambre de lado á lado de calle, á la altura como de un palmo del suelo, vengándose de este modo de los chascos sufridos.

La ronda hizo presa de los aun atortolados trovadores, pero Lucía y sus amigas interpusieron su influencia y el alcalde cedió á la que siempre tuvieron y tendrán la juventud y la hermosura y dejóles en libertad. Uno de ellos, que dijo llamarse Antonio, apesar de su nada favorable situacion, respondió con respetuoso gracejo á las preguntas que el alcalde le hizo y dió las gracias con elegante cortesía á sus lindas intercesoras, alejando de sí con su aplomo y donaire lo que de ridículo el lance tenía; que tanto puede y hace la serenidad, la gracia y el talento.

Un año despues en la Parroquial Iglesia de S. Martin se celebró un matrimonio del cual fué padrino el Corregidor y testigos, varios Señores de justicia, entre ellos se hallaba un alcalde, el que, despues de dar la enhorabuena á Lucía, que era la recien desposada; dijo al esposo, apretándole cordialmente la mano – Cuidado con volver á caerse en la calle del Jesús.